

En la noche anterior había reinado gran excitación en aquella ciudad: se había sabido que González Ortega había sido envenenado en el Saltillo, que el general Patoni había sido fusilado en Durango por orden del general Canto, que se había hecho una hecatombe en Puebla y que los generales Toledo y Granados que tan buenos servicios habían prestado á la República, acababan de ser sentenciados á muerte por el general Escobedo.

Además, se susurraba también que el general Guadarrama había chocado con el gobernador de Jalisco Gómez Cuervo y que estaba intentando pronunciarse.

En fin, el comercio estaba alarmado y los viejos liberales con el alma en un hilo.

—Lo dicho, exclamó Quiñones, Adrián tendrá que volver á organizar su guerrilla.

—Protesto, contestó Adrián, yo defenderé á mi patria del dominio extranjero siempre que se ofrezca; pero no me mezclaré en las guerras civiles, cualesquiera que sean las circunstancias, ni menos pelearé jamás contra el Presidente don Benito Juárez.


Todos se despidieron, y por la noche, ya cuando Adrián estuvo solo con su mujercita y su hijo, los abrazó y los llenó de besos.

—Aquí es donde está la felicidad y no en otra parte, exclamó.

Refugio también lo besó y le dijo:

—Por mi parte, haré cuanto pueda para que vivas contento.

Y efectivamente, aquella fué la noche más feliz de Adrián y Refugio.



CAPITULO LXV.

La Ciudadela.

Las pasiones políticas se desencadenaron produciendo el desasosiego más espantoso en la sociedad; en el parlamento mexicano se libraron batallas de palabra enormemente tempestuosas; los pequeños pronunciamientos aparecieron como fuegos fatuos por todos lados de uno á otro confin de la República; la lucha de los periódicos gobiernistas y de oposición, en que no se tenía ningún miramiento, atizaba tenazmente la discordia; tras de las pequeñas chispas revolucionarias vinieron los grandes movimientos armados, rebelándose contra el poder central varios generales y gobernadores; los acontecimientos entonces se desarrollaron con vertiginosa rapidez, y todavía el gobierno no acababa de vencer un obstáculo cuando se le presentaban otros y otros que le hacían difícil la vida, porque se le agotaban los recursos y menguaban más y

más cada día su prestigio y su autoridad; pero los hombres que estaban al frente de la situación tenían la costumbre de ver el peligro de frente, habían luchado contra la reacción cuando estaba más poderosa con los recursos del clero y con las espadas de los militares más aptos y más atrevidos, lo mismo que habían medido sus fuerzas con las muy grandes de las potencias intervencionistas, á la vez que con el partido que se formó en México por la monarquía; aquellos hombres eran además activos para la defensa y el ataque, eran valientes hasta la temeridad, eran serenos, eran firmes, eran tenaces y estaban engreídos con el mando, de modo que no había forma de que se desmoralizaran, ni decayeran, ni temblaran por más grandes que fueran los peligros que se amontonaban sobre sus cabezas, y así fué como salieron al frente de los diputados, escritores y militares de oposición, sus falanges de periodistas, oradores, estadistas y generales que estuvieron sosteniendo palmo á palmo, en una lucha diaria, el terreno que habían conquistado al caer en el cadalso las cabezas de Maximiliano, Mejía, Miramón, Méndez, O'Horán y Vidaurri.

Dejando atrás peripecias que no tuvieron más interés que los precedentes fatales que establecieron para dar sepultura quién sabe por cuántos años á las verdaderas instituciones republicanas, peripecias que contribuirían muy poco al objeto que nos propusimos al escribir esta relación si nos pusiéramos á detallarlas, llegaremos al momento álgido en que tres partidos se disputaban encarnizadamente el poder, y que llevaban los nombres de juarista el primero, lerdista el segundo y porfirista el tercero, que era el más pobre en elementos oficiales, pero el más rico en el campo de la opinión.

Sabido es que este último partido se formó con todos los descontentos que había contra el gobierno, el lerdista por las impaciencias del ministro Lerdo de Tejada y de sus amigos y el de Juárez por el de los parásitos ó pan-cistas que en todas épocas se acostumbran á vivir con los que están arriba.

Como naturalmente este último partido era el más fuerte, porque contaba con todos los elementos del poder, los otros dos, por su posición, tuvieron que unirse para contrarrestarle, y á esto se llamó la liga lerdo-porfirista, que por dos años tuvo mayoría parlamentaria y logró algunas victorias, muy efímeras por cierto, una vez que su predominio no podía ser sólido ni permanente.

En estos momentos, esto es, cuando la lucha estaba más enardecida entre estos partidos contendientes, es cuando vamos á introducir al lector á las habitaciones palaciegas.

Se encontraban reunidos con el señor Juárez tres de sus ministros y algunos de los íntimos, á eso de las doce del día, cuando penetró un ayudante anunciando la visita del señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El Presidente de la Suprema Corte de Justicia no era otro que don Sebastián Lerdo de Tejada, que había dejado la cartera de Relaciones para ponerse al frente de su partido.

El nombre del visitante cayó como bomba en la reunión, y sólo el señor Juárez dijo con voz tranquila al ayudante:

—Dígale usted que entre.

Los ministros y los íntimos desaparecieron detrás de unas cortinas yéndose á las piezas inmediatas, como te-

nían la costumbre de hacerlo siempre que llegaba algún importuno.

Don Benito se levantó de su asiento, tendió la mano á su antiguo ministro y lo invitó á sentarse en el sofá mientras él ocupaba un sillón colocándose de manera que le diera por la espalda la luz que penetraba por los balcones.

—Señor Presidente, dijo Lerdo con voz aflautada sin cuidarse de que hubiera por allí algunos ministros que estuvieran escuchando lo que iba á decirse, y sin recurrir á los preámbulos de cajón, vengo impulsado, casi revestido de los poderes de algunos políticos para suplicar á usted, en nombre de la tranquilidad pública, se sirva introducir algunas modificaciones en la marcha administrativa.

Juárez frunció el entrecejo, y sólo dijo lacónicamente:

—Prosiga usted.

—Señor Presidente, continuó diciendo Lerdo con tono incisivo, no se puede ocultar á usted, ni á sus inteligentes consejeros, que el horizonte se está cubriendo de nubes amenazadoras, que muy pronto va á desencadenarse una tempestad que hará grandes destrozos en el país si no se logra deshacerla á tiempo, lo cual puede lograrse ahora con sólo que el poder tenga algunas ligeras complacencias con los partidos militantes. Desde luego puedo asegurar á usted, señor Presidente, que el partido llamado lerdista que se ha fijado en mí para que suceda á usted en el poder, compuesto de personas inteligentes, pacíficas, honradas y patriotas, no se complicará en las medidas de violencia ni las aprobará tampoco, porque evoluciona dentro de la paz, dentro de la ley y de la justicia; pero no podrá oponerse razonablemente á lo que hagan otros, ni menos

ayudará al poder de una manera activa y eficaz, si ese poder no le da las necesarias facilidades de modo que no entre en contradicción consigo mismo combatiendo las libertades públicas que ha venido proclamando. Una vez hecha esta franca declaración, la de que el partido lerdista ni es revolucionario ni se pondrá del lado del poder en caso de que éste no modifique su política, entro de lleno en el asunto, señor Presidente: el general Porfirio Díaz y sus partidarios, que son todos hombres de acción y de algún prestigio en las masas, están haciendo preparativos que se encuentran á la vista de todos para proclamar la revolución tan luego como el Congreso, cuya mayoría es gobiernista (debido á los manejos oficiales) haga en favor de usted la declaración de Presidente de la República, con todo y no haber obtenido la mayoría de los sufragios y á pesar de las suplantaciones que se han hecho del voto público á ciencia y paciencia de los representantes independientes de la Nación.

—¿De modo que lo que ustedes quieren es que el Congreso no declare quién es el Presidente de la República? preguntó don Benito interrumpiendo á Lerdo de Tejada.

—Lo que nosotros queremos es que se evite el escándalo de los pronunciamientos, cuando esto es tan fácil.

—¿Cómo?

—Entregando la Presidencia.

—¿A quién?

—A Porfirio Díaz, por ejemplo.

Don Benito se puso cárdeno. Lerdo de Tejada sabía muy bien que el señor Juárez primero transigiría con el diablo que con el general Díaz, de modo que se había di-

cho para su capote: «Si Juárez es patriota y quiere librar al país de una hecatombe, no entregará la Presidencia á Porfirio Díaz, pero la entregará á su antiguo ministro Lerdo de Tejada.»

Don Benito se serenó luego y dijo con aparente calma:

—Prosiga usted.

—Ya casi nada tengo que agregar, sino conjurarle, una y cuantas veces sea necesario en nombre de los amantes de la paz, en nombre de todas las clases sociales que están con el alma en un hilo, en nombre del cariño que usted profesa á la patria, en nombre de lo más sagrado, señor Presidente, para que salvemos á la República de los horrores de la revolución. Estamos sobre el cráter de un volcán, señor Presidente; pero usted, con una sola palabra, puede alejar para siempre todos los peligros que nos amenazan.

—Esa palabra que ustedes quieren arrancarme no la pronunciaré jamás, porque me lo prohíben la ley y mis deberes, contestó don Benito con firmeza. Usted me conoce bien, señor Lerdo de Tejada, y sabe que siempre estoy dispuesto á defenderme y á morir cuando es necesario. Si el Congreso me nombra otra vez Presidente de la República, yo sostendré ese título con valor y con honra, mientras tenga vida.

Don Sebastián Lerdo se levantó para retirarse y don Benito también para despedirlo, siendo el primero en tenderle la mano y decirle:

—Deseo, que á pesar de todo, sigamos siendo buenos amigos.

—Muy honrado me siento con la amistad de usted, señor Presidente, le contestó luego don Sebastián con voz

atiplada; pero me alejo á la vez con el hondo pesar de no haber podido conseguir ni siquiera la más leve promesa en favor de la tranquilidad de la patria. ¡Ojalá y la sangre que va á derramarse, no turbe el bienestar de usted, señor Presidente!

Don Benito se sonrió, acompañó á don Sebastián hasta la puerta, y allí le dijo como haciendo á un lado todo lo anterior:

—No deje usted de venir á verme con más frecuencia.

Todavía no se incorporaba don Sebastián Lerdo con sus amigos Romero Rubio y Ramón Guzmán que estaban esperándolo en las antecámaras de la Presidencia, cuando ya el ministro Mejía, que era el único que se había quedado en la pieza inmediata oyendo la conversación, estaba al lado de don Benito.

—¡Cho! ¡Cho! esta era su exclamación favorita, que la lanzó en esta vez el ministro con un silbido mayor que otras veces, á la vez que con la fuerte emoción que sentía le temblaban los mostachos, ¡cho! ¡cho! pues es nada lo que quiere el señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia, ¡que le entreguemos el sillón Presidencial!

—Lo quiere para Porfirio Díaz, contestó secamente don Benito.

—Era bueno haberle dicho que sí, á ver si se conformaba.

—Seguramente no.

—Entonces se hizo el cálculo de que á él era á quien había de ofrecérsele.

—Tal vez.

—A mi juicio, tiene miedo á los resultados de la lucha armada.